

# MANOS ARRIBA, ROBAMOS PARA IRLANDA

Irlanda es un país donde los delatores son odiados, y se odian a sí mismos, con particular violencia, como sabrán incluso los que de ese país no conozcan más que una famosa película de John Ford y un cuento de José Luis Borges titulado «La forma de la espada». Pero ha sido precisamente gracias a un equipo de eficaces delatores como el Special Branch de Scotland Yard, el «M15» (servicios secretos británicos para la seguridad interna), el «M16» (contraespionaje británico en el extranjero), los servicios irlandeses de seguridad y la Interpol, como se ha conseguido frustrar una amplia maniobra urdida por el Ira (ejército republicano irlandés) y por influyentes personalidades políticas del Eire para pasar de contrabando grandes cantidades de armas por tierra, mar y aire con el propósito evidente de resolver por la fuerza el problema nacional irlandés.

El arsenal no ha podido constituirse, el polvorin del Ulster no estallará por lo menos en el futuro inmediato. No obstante, ha estallado en Dublín la crisis política más grave de los cuarenta últimos años. Tres ministros más un secretario parlamentario, acusados por el primer ministro, Jack Lynch, de complicidad en el frustrado golpe de mano, se han visto obligados a presentar la dimisión: en el escándalo están comprometidas igualmente otras personalidades militares y de la Policía. En Dublín, en los «pubs», en los salones y otros lugares públicos se profetiza una revuelta interna del Fianna Fail («soldados del destino»), partido que ha gobernado al país durante treinta y tres años, se teme la caída del gobierno, se evoca el espectro de la guerra civil. El fusil vuelve a integrarse en la vida política irlandesa, dicen los comentaristas.

Es verdad que en Irlanda, la figura romántica del héroe provisto de fusil encuentra su reencarnación en la figura del moderno guerrillero formado en la escuela de la Eoka, del Vietcong, del frente de liberación argelino, de Al Fatah. Hoy en día, el Ira, asegura su jefe, el ex albañil y pintor Cathal Goulding, cuenta con cinco mil hombres dispuestos a pelear en cualquier momento. Y sus efectivos podrán aumentar fácilmente gracias a la oleada de revolucionarismo que se ha abatido sobre las Universidades de este país, que hasta hace pocos años parecía anclado en el más arcaico conservadurismo. Los estudiantes que contestan el sistema irlandés han abrazado rápidamente la causa de los rebeldes del Ulster y del Ira, como puede comprobarse con sólo echar una ojeada a «The



Por  
**FRANCESCO RUSSO**

Trinity Communist», revista del Trinity College de la Universidad de Dublín.

Pero la colisión entre los intelectuales maoístas de Dublín y los católicos del Bogside de Londonderry y de la Falls Road de Belfast no es la única novedad en la política irlandesa. El exacerbamiento del problema nacional ha convertido en precario el curioso compromiso sobre el que se basa el Estado irlandés, que si por un lado nunca ha reconocido la división de la isla, por otro ha renunciado, por lo menos en la práctica, a conquistar por la fuerza las seis provincias al Norte de la frontera. Hoy, el país está dividido entre moderados e intervencionistas. Y la opinión pública, aunque considera con horror la eventualidad de una guerra civil, está plenamente convencida de que las seis provincias del Norte son tan parte integrante de Irlanda como las veintiséis del Sur.

En el Ira, los extremistas se han desembarazado de los viejos líderes, considerados demasiado conservadores y acomodaticios.

El ejército republicano irlandés necesita urgentemente dinero y armas. Para procurarse dinero ha recurrido en los últimos meses a colectas y desvalijamiento de Bancos. En los dieciocho últimos meses se han producido en Irlanda del Norte diez asaltos a Bancos con un botín total de 40.000 libras esterlinas.

Casi todos estos golpes han sido llevados a cabo por grupos de seis hombres enmascarados y armados

de pistola. Aunque una organización clandestina protestante ha reivindicado la paternidad de un asalto a mano armada a un fábrica de Strabane, con robo de 14.000 libras esterlinas, es casi seguro que todos o casi todos esos golpes han sido llevados a cabo por el Ira, con el objeto de poder adquirir armas en el continente. En Irlanda del Sur, los golpes de mano y los robos con fines patrióticos no son menos frecuentes. En Dublín se murmura que se ha impedido a la Policía detener a un hombre sospechoso de haber dado muerte a un agente durante un asalto a un Banco y que este hecho y otros parecidos no dejan de tener relación con las dimisiones del ministro de Justicia, Michael O. Morain (oficialmente motivadas por su estado de salud). Pero los robos no son las únicas fuentes de financiación. Son los emigrantes irlandeses en América y los ricos editores irlandeses de Londres los que más contribuyen a alimentar las arcas del ejército de liberación. Pero no faltan los espías. Gracias a los informadores existentes en estas comunidades, y es posible que hasta también en el Ira, los servicios de seguridad británicos fueron informados inmediatamente de la celebración, en Londres y otras ciudades inglesas, de espléndidos banquetes en lujosos hoteles, durante los cuales se contrataban partidas de armas para irias almacenando en el Ulster.

En Huddersfield se efectuó una

primera redada, y los acusados admitieron haber recibido del Ira el encargo de adquirir armas por un valor total de 200.000 libras esterlinas. A partir de entonces, el Ira prefirió tratar con los más expertos traficantes de armas europeos. En Holanda, en Alemania Federal, en Austria y, según algunos, también en Checoslovaquia. Los armamentos eran enviados por avión en cajas cerradas con etiquetas que pretendían hacerlos pasar por piezas de recambio de máquinas. Hace algunas semanas, en Viena, el piloto de un avión fletado por una compañía inglesa de transportes descubrió que las cajas en cuestión contenían armas ligeras y municiones, e informó a la Embajada inglesa en Viena, que, a su vez, se lo hizo saber a los servicios ingleses de seguridad. Poco después estallaba la crisis política irlandesa.

El primer ministro, Jack Lynch, se ha limitado a decir que los dimisionarios Charles Haughey, ministro de Finanzas; Nel Blaney, ministro de Agricultura, y Kevin Boland, ministro del gobierno local, no estaban de acuerdo con la línea seguida por el gobierno, pero en Dublín se da por cierto que por lo menos dos de ellos estaban comprometidos en el escándalo de las armas. Recientemente, el Dail (Parlamento irlandés) cerró la sesión más larga de los últimos treinta y cuatro años de historia parlamentaria irlandesa: el gobierno consiguió salvarse por una mayoría de seis votos apenas. El principal partido de la oposición, el Fine Gael, encabezado por Liam Cosgrave, pedía a un Parlamento literalmente agotado elecciones generales: el futuro del gobierno parecía peligrar.

Peligrosa, sobre todo, la política de moderación propugnada por Jack Lynch. Mientras el Ulster se preparaba para un nuevo cálido verano, cada vez resulta más difícil la moderación, tanto para Jack Lynch como para el primer ministro del Ulster, Chichester Clark, expuesto el primero a los ataques de la izquierda republicana, y el segundo a los de la derecha protestante, encabezada por el reverendo Jan Paisley, recientemente elegido diputado en el Stormont. La tensión crece en toda Irlanda y es un pésimo síntoma el que, hace dos semanas, la noche del sábado al domingo en Belfast fuera turbulenta. Tan turbulenta que los militares británicos se vieron obligados a utilizar los gases paralizantes para que las escaramuzas entre católicos y protestantes no se transformasen en una tragedia.